

creado en América reinos tributarios para príncipes de la Casa de Borbón, en el imperio español del Nuevo Mundo se habría hecho la independencia de una manera tan pacífica y ordenada como se hizo en el Brasil; y nuestros pueblos no habrían conocido el caudillaje político-militar, ejercido, en su primer período, por hombres ambiciosos e inquietos, pero decentes, y algunos verdaderos héroes, y que ha degenerado en un feo negocio de macheteros.

Los Estados Unidos se han visto libres de esta vergüenza, gracias a la educación británica. Estos Estados, cuando eran colonias, no tenían representación en el Parlamento; pero sí, elecciones provinciales y municipales, libertad de imprenta y de cultos, derechos de asociación y de reunión, tribunales honrados; y llegaron, por lo

tanto, a la independencia, con una preparación de que carecían los pueblos hispano-americanos. Sin embargo, con toda esa preparación, los americanos han llevado a la Presidencia a dos generales, Jackson y Grant, sólo por ser generales y haber ganado batallas y no por su capacidad política; y si aquí no se ha padecido de «convulsiones» bochornosas, ha habido una costosa guerra civil de seis años, que hubiera podido evitarse con algo de transigencia por ambas partes.

Como dice muy bien Lord Bryce, «el fraude es preferible a la fuerza; y el abogado menos peligroso que el machetero». Y por esto debemos celebrar que a estas horas sean en nuestra América mucho más los presidentes civiles y elegidos que los militares y usurpadores del poder.

mueren los hombres por ideales turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación, una lucidez de criterio y una gravedad de resolución que os convierte en hombres aunque todavía seáis extremadamente jóvenes.

No hay detrás de vosotros ninguna fuerza que respalde vuestros actos, pero en cambio el porvenir que es el tesoro de los jóvenes, abrumará bajo su peso a todo el que intente oponerse a las resoluciones generosas que tengáis a bien adoptar. Toda la obra de los que hoy ejercen poderío será completamente vana, si no es bastante generosa para contentar los ánimos juveniles, puesto que ninguna empresa perdura si las nuevas generaciones no la secundan y desarrollan. Adelantaos pues a vivir y a meditar vuestro tiempo, esta gloriosa era presente, venerable porque ha librado magníficas luchas por la conquista del bien y la justicia, y porque los hombres de hoy no nos cruzamos de brazos ante el desastre de los pueblos, sino que buscamos y seguimos buscando el camino de su redención. Creo que en nuestro tiempo, y hablo del mundo entero, no sólo de México, se han resuelto por lo menos teóricamente los hondos problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de nuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y que dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.

A vosotros os va a tocar seguir poniendo a prueba y corrigiendo los principios de organización colectiva que la edad nuestra ha descubierto, como las antiguas tablas de la ley, entre el fuego de la justicia vengadora y la luz serena de la verdad que triunfa. Si, desgraciadamente, os toca contemplar también hogueras, ellas serán las de la acción que realiza el bien, pero la lucha de las ideas no será ya tan intensa y quizás llegaréis a gozar de los triunfos que proceden del desprendimiento, el conocimiento y la generosidad. Vuestra época será tal vez mejor, pero cada alma es su propia misión en un momento activo, y no existe cuando rememora sino cuando crea; por eso no es cuerdo afiorar tiempos pasados, ni permanecer inmóvil en espera del futuro porque el instante pasa, y el yo pasa con él, y quien no se identifica con su misión y su instante, no conoce lo que la existencia vale en hondura y no puede apreciar tampoco el significado del conjunto infinito. Yo

Ecós del Centenario de la Independencia de México

En el Congreso Internacional de Estudiantes
Los discursos de la sesión inaugural

El Discurso del señor Licenciado Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional.

EN nombre de la Universidad Nacional de México, doy la bienvenida más cordial a todos los jóvenes representantes de países extraños y de países hermanos nuestros; a todos por igual, porque en el seno de nuestra Universidad todos los hombres de todas las razas, merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo, la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones. No sólo ante nuestras leyes, también conforme a nuestras costumbres las diferencias de color, patria y lengua se funden en una viva fraternidad, que proclama semejantes y hermanos nuestros a todos los que vengan animados de espíritu de bondad y de justicia. Os hago esta declaración de que os encontraréis en un país libre, porque habéis sido invitados para deliberar y tendréis razón de inquirir, primeramente, si vuestro pensamiento ha de poder expresarse sin cortapisas. Los estudiantes mexicanos seguramente se hubieran abstenido de invitaros si no supiesen que nuestro país en estos instantes es igual a ese

símbolo que ya habéis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando entre sus garras la serpiente. Os halláis libres y por lo mismo sentiréis vuestra propia responsabilidad y tendréis que obrar sinceramente durante toda vuestra actuación en este congreso. Yo estoy seguro de que procederéis con cordura; porque mi breve contacto con la juventud de estos tiempos me ha demostrado que sois capaces de abordar los problemas llegando a su fondo y buscando las soluciones que los resuelvan radicalmente sin pagaros gran cosa del lucimiento exterior del discurso o de las opiniones momentáneas que vuestros actos produzcan. Todos vosotros de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra, todos sabéis como

€ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de € 50 c/u.

Si el número del ticket de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.